

LETRAS EN REBELDÍA No. 8  
(NARRATIVA)

## **BETWEEN THE BARS**

**(Patricia Garfias; Yucatán, México)**

Todos los días que encontré en tus manos se volvieron ridículamente felices en ese tiempo, ahora, lo que pudiera contarte de aquellos recuerdos parece haber ocurrido en alguna historia de esas que uno va deformado y ya no reconoce el verdadero final.

He vuelto a la casa en Santa Lucia, sigue tan pequeña pero tan llena de luz. Ha sido una ganga, a otro de los vecinos le dio por colgarse en esos cuartuchos y ahora nadie quiere vivir ahí. En el buró que nunca pudimos llevarnos he colocado una pequeña foto nuestra, perdona el fetiche, es para ahuyentar a quienes piensan que pueden quedarse. Genera diversas reacciones, algunos se van, otros creo se excitan al ver a dos jovencitas besándose de esa manera en un pequeño recuadro de cristal.

*Drink up baby Stay up all nigh with the things you could do You won't but you might The potential you'll be But you'll never see The promises you'll only make...*

No puedo dejar de escuchar aquella canción que nos dedicamos, mientras más repito sus frases más me parece irónico hablarle a un pequeño retrato. Hoy la vecina que invariablemente llamaba a la puerta cuando gemíamos en tanto amor vino una vez más a meter las narices. Miró como siempre para cazar alguna escena in fraganti, pero esta vez yo estaba sola, eran mis manos haciéndome retorcer como si tu lengua... como si estuvieras.

Al principio pensé en poner tierra, regresarme a Chiapas y de ahí a visitar a Hazui a Palenque, vivir en su palapa como arrimada a una vida de aparente comunión con la tierra pero en donde gente como él cuenta con servicios de Internet inalámbrico. Imagino que también podría huir a DF, seguro ahí, Ernesto me recibirá como de costumbre y podría vivir en su habitación sólo para morirme de frío por las mañanas, pero no tengo el valor para despegarme de tus calles, de la avenida que lleva a tu casa, o talvez sea el dinero, como siempre ando sin un peso, hasta he pensado en llamarte y pedir algo de capital para salir adelante, pero no puedo pedirte más de lo que me has negado.

*... Drink up one more time and I'll make you mine, keep you apart deep in my heart , separate from the rest...*

Hasta las paredes de un lugar tan reducido parecen gigantes cuando la Peyroux rebota en ellas, no puedo sacarme esa canción de la mente, aunque la prefiero con Elliot Smith y puedo jurarte que no es por tu influencia aún visible en esas mismas paredes.

Como si me encontrara recluida en un cajón donde sólo pudiera escuchar las notas del piano, el sonido lo inunda todo, y sin embargo, tengo esa sensación de espacio abierto y del escurrirse las notas en todo

## LA CENA

(Ileana Garma; Yucatán, México)

-No puedo concentrarme, no puedo concentrarme, ¿por qué no comes bien? No comas tan rápido.

El sol estaba a punto de ser olvidado por Paulina, que se había terminado ya dos tortas de carne y comenzaba una rebanada de pastel. Su mamá trabajaba en la mesa; metía la cabeza entre libretas de pasta dura y con un marcador rojo, distribuía tachas y pequeñas notas. El comedor era amplio y las paredes de un amarillo claro y cálido, pero a esa hora del día, cuando doña Claudia acababa de llegar del colegio y tenía mucho trabajo, cuando don Rogelio tenía tantos pendientes que le hacían levantar la voz, y el sol se apagaba como si nunca hubiera existido; Claudia prendía la luz blanca y a Paulina le daba mucha hambre y después sentía ganas de vomitar, de llorar. El comedor se hacía frío.

Claudia tomó los cuadernos y se dirigió a su recámara. Empujó la puerta con el hombro y dejó caer sobre la cama, a los pies de don Rogelio, las pequeñas libretas de pasta dura.

-¿No puedes terminar de trabajar en la...

-Cuando lleguen los exámenes estas tareas no van a servir de nada, todo esto es inútil y yo...

-Cállate, tengo que terminar de leer esto.

Era una habitación amplia con las paredes pintadas de azul claro. Una serie de cuadros con bordes de madera labrados mostraban a la pareja el día de la boda, en el bautizo de la hija, vacaciones en la nieve. Don Rogelio no se había quitado la corbata ni los zapatos que parecían acabados de lustrar, y no levantaba los ojos de un engargolado que tenía entre las manos. El viento comenzó a mover la cortina, don Rogelio pasaba las hojas y hacía un ruido con la boca, como si mandara besos. Doña Claudia se había acomodado en una pequeña mesa junto a la cama y ahora golpeaba el marcador sobre ella, como si quisiera tocar una canción, tenía la vista perdida en la cortina que ondulaba.

-Deja de hacer ruido, dijo don Rogelio sin mirarla.

-Cuando tu...

-Deja de hacer ruido, repitió con más fuerza.

Claudia salió con rapidez del cuarto, parecía que hubiera olvidado algo muy importante. Llegó al comedor y se detuvo un par de segundos en el umbral. Paulina, morena y espesa, se miraba en un espejo de mano y tenía los ojos rojos. Sobre la mesa habían cuatro platos sucios.

-Muévete Paulina, recoge esos platos y ve a lavarlos, y te me acuestas inmediatamente, ya es tarde, siempre es un problema contigo, siempre.

-Ma...

-Siempre es un puto problema contigo, lleva esos platos a la cocina ya.

-Eso estoy..

-Qué te pasa, como te atreves a...

-¿No se puede trabajar en esta casa? Gritó don Rogelio desde el cuarto. Paulina entró a la cocina mientras su madre tomaba el espejo que su hija había dejado sobre la mesa del comedor. Ella también era morena y espesa.

Otra vez se agotaba el sol y se agotaba Paulina moviendo la mandíbula una y otra vez. Tenía sobre un plato pastelitos de chocolate que iba devorando mientras intentaba resolver unos problemas de matemáticas. Algunas migajas caían sobre su libreta y la manchaban, ella se detenía entonces y alejaba un momento la libreta de sí, para terminar de comer el pastelillo en curso. Después acercaba el cuaderno y comenzaba otro problema, y otro pastelillo. Claudia trabajaba frente a ella, primero le comenzaba a arder la garganta, después le dolían las muelas, luego sentía un escozor en toda la mandíbula.

-Ya basta, deja de comer y has tu tarea.

-Mamá quiero...

-Termina tu tarea.

-Quiero...

-Es la última vez que lo digo, deja de comer y termina tu tarea.

-Mamá.

-Eres una chocante, dijo Claudia, aporreando un cuadernillo sobre la mesa. Tomó sus cosas y se retiró a su habitación. Paulina cerró el cuaderno de matemáticas. Tengo que acabar de comer los pastelillos antes de terminar la tarea, si no, no podré concentrarme.

Cuando Claudia entró en la habitación, don Rogelio no se había quitado el saco. Estaba sacando calcetines de un cajón y los colocaba en una maleta casi lista. La luz estaba apagada y ella lo vio en la penumbra. Rogelio estaba sudando y hacía ruido con la boca; parecía estar mandando besos.

-¿De comisión?

-Ya basta, sabes bien.

Doña Claudia se echó en la cama con sus libretas, sin encender la luz.

-No dejes de...

-Claudia, no me digas lo que tengo que hacer, vive por favor tu vida, vive.

-Lárgate ya, lárgate.

Cuando Claudia salió del cuarto, toda la casa estaba a oscuras. Quiso ir hasta la cocina por un vaso de agua pero al pasar por el comedor vio a Paulina dormida sobre la mesa. La mandíbula le comenzó a arder. De verdad que es chocante.

-Paulina, despierta, vamos a cenar.

Pau no abrió los ojos.

-Paulina, dijo su mamá con mas fuerza. Su hija abrió los ojos. A Claudia se le helaron las manos cuando vio la manera en que Paulina la miraba.

-Vamos a cenar Pau, ¿a dónde quieres ir?

Paulina no contestó.

-¿A dónde quieres ir? Dime

-A ningún lado.

Su madre caminó hacia la cocina, abrió el refrigerador. La casa estaba en penumbras y afuera el viento y el sonido de los carros, la aplastaba. Claudia prendió la estufa, puso un sartén con aceite, echó dos salchichas y comenzó a freírlas. La casa estaba en penumbras. Paulina se levantó y fue a buscar un par de platos, le dolía el estómago, tenía ganas de vomitar. Su madre llevó el sartén con las salchichas al comedor y colocó una en cada plato. Las dos comieron sin decirse nada, lentamente.

Las salchichas no estaban bien cocidas, eran insípidas, aceitosas. Afuera el viento giraba como un tigre hambriento. Paulina tomó el espejo de mano para mirarse.

-Mamá, ¿a dónde..

-Come, come hija tienes que... Se detuvo, no sabía que decirle a esa adolescente. No se parece en nada a mí. Era su hija pero... Que chocante. Paulina terminó la salchicha en silencio. Claudia se dirigió a su recámara. Estaba cansadísima y mañana tenía que levantarse temprano para llegar al colegio. Paulina cerró los ojos y se durmió sobre la mesa.

## Los visitantes (Gerardo Escalante; Oaxaca, México)

*Los bragados se persignan, tosen y se apretujan entre sí  
disimulando su espanto.*

Dicc. del español usual en México.

1

La habitación encerraba todo el calor de la tarde. Frente a los asistentes la criatura se incorporó retorciéndose. Su pequeño y rechoncho cuerpo aún conservaba una inflamación en el abdomen. Como el pez aún vibrante que salta a la sartén con aceite hirviendo, la criatura dio súbitamente un giro mirando hacia quienes estábamos sentados. Con las cavidades más o menos profundas, huecas y amoratadas; su espeso cabello le hacía ver como una persona adulta de baja estatura.

En su caída dejó ver momentáneamente la línea de cruces suturadas que dividían su anatomía, desde la frente hasta el inicio del vientre, sendero que queda sembrado después de extraer las vísceras durante la necropsia.

Tres de las señoras que entonaban el rosario se levantaron y salieron rápidamente de la habitación exclamando un ¡virgen María!, sintiendo como si ese minúsculo cuerpo, tieso y obsceno, mordiera sus viejos rebozos. Las cortinas de la entrada dificultaban la salida: enredaban. Otra mujer, la rezadora, le gritaba a la criatura “¡tú ya estás muerto niño!, ¡regresa!, ¡cálmate ya!”. La inercia había arrojado al niño de la charola donde le tenían acostadito.

Me salí del cuarto. El olor del vinagre calentándose con un mechero de Bunsen bajo la mesa empeoraba los extraños humores del encierro.

Afuera nos aguardaba el profesor Retambuti, exiliado chileno, quien nos condujo a una capilla antigua: una cripta donde, al momento, desprendió de su resto la cabeza inflamada de un anciano momificado de gran tamaño. Había recubierto sus restos de esmalte oro para darle el aspecto de un personaje de cierta jerarquía.

Lo que más entusiasmaba al profesor, era que, descubierto decenas de años antes, pendiendo de los muros del acueducto, aún despedía cierta fetidez.

Al centro del pabellón, ellos, mis familiares, los más viejos, bajo el cielo de los muertos.  
Dos de mis tíos se han encontrado nuevamente creyendo que están en la antigua  
mezcalería.

Mi tío abuelo Juan se fracturó el cráneo al caer de una escalera y comenzó a tartamudear hasta  
morir, pero ahí, en *mi neblina*, se entendía muy bien su canto.

Las aves de rapiña no terminan de saciarse desde la negra rama de la noche.  
Despiden las mandrágoras en flor su herrumbre puntual. El fiel hedor de una catedral de larvas  
que se desploma al paso de los carruajes.

Escucho cascos y un trote de bestias quiebran la cantera de una fuente, donada por la ciudad de  
Roma. Desde el subsuelo emergen leones descarnados.

Miro a Cibeles que se acerca y, en un brusco movimiento, me oprime fuertemente los testículos,  
como una de las putas asesinas de los burdeles del barrio. Mi vómito negro.

Es ahora cuando quisiera arrepentirme de toda la escatología aplaudida por montañas de  
hombres-pescado abajo, pero el sarcasmo me asiste, y pienso, ¡qué modales!

Los belfos de la Muerte se abren. Su pestilente y ácido aliento rozan mi boca, al momento que  
intenta besarme: “Así no le digo deja que despierte”.